

LA llama viva de don Manuel B. Cossío dejará de arder por imperativo de la ley allí donde, oficialmente, ha alumbrado y encendido almas por espacio de más de cuarenta años; y en su virtud, el Museo Pedagógico Nacional, creado material y espiritualmente por él, una vez ausente su fundador, quedará vibrando por obra y gracia de las inquietudes de que se impregnara aquel sereno ambiente. El Maestro, anciano y con el corazón y la cabeza juveniles, retorna al hogar pristino, a la *Institución Libre de Enseñanza*, donde desde su mocedad ha ido abriendo, conjuntamente con don Francisco Giner, el surco por donde ambicionaba que discurriese la sensibilidad de nuestro pueblo.

Si hubiésemos de esclarecer cuál es el punto en que el señor Cossío se sitúa cuando contempla y enjuicia la cultura, e inquiriésemos sobre la jerarquía de valores que construye su espíritu con objeto de ordenar lo real e ideal, hallaríamos una explicación conjunta de su aparente dualidad vocacional: Arte y Pedagogía. Ambas se resuelven para él en unidad: teóricamente consideradas, porque son dos modalidades de un mismo tema metafísico; prácticamente apreciadas, porque ambas apuntan al mismo blanco: formar el hombre.

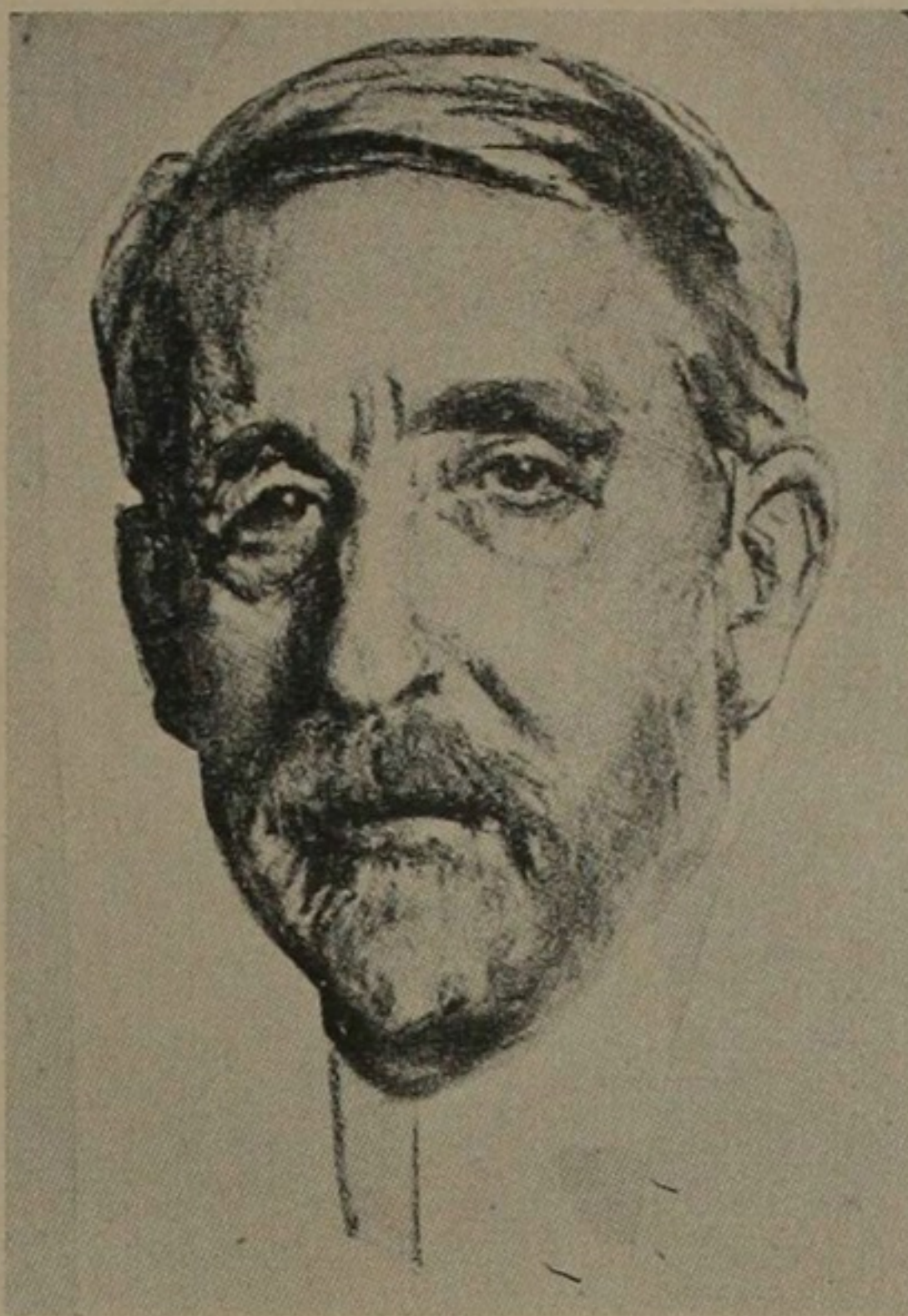
No se olvide la progenie romántico-krausista del señor Cossío; a consecuencia de ello, la unidad orgánica del *yo* real con sus propiedades internas y sus cualidades, esto es, cuanto atañe a la unidad subjetiva, a este hombre vivo que entre nosotros se manifiesta, corresponde al orbe científico, que se llama en el sistema de Krause la «Analítica»; mas cuando a esa unidad intentamos darle un carácter esencial, y consideramos su querer, su conocer, su sentir, como propiedades no ya de mi espíritu sino del espíritu, entonces rebasamos las líneas del orbe subjetivo y estamos pugnando por entrar en el mundo del ser subjetivo, del ser uno, de la esencia una, del organismo de la esencia, lo que equivale a decir de la «Sintética», de la «Metafísica». He ahí el plano en que sitúa su pensamiento el ex-director del Museo Pedagógico.

Por razones de limitación, no podemos partir sino de este hombre de carne y hueso que palpamos y vemos; pero en la obra de ascensión permanente a que debemos aspirar ha de estar siempre presente la esencia del ser absoluto, Dios, al cual buscamos en nosotros, seguros de hallarle y ser en Él. ¡Cuán verdad es lo que Unamuno ha visto con acuidad genial a propósito de Krause y su escuela en España! La huella del pietismo en este pensador hizo fácil su enraizamiento en la España heterodoxa, pero hondamente estimulada por la emoción religiosa de la vida.

Y henos de nuevo ante el

Una vida luminosa

= De *Revista de Escuelas Normales*. Cuenca, España =



Manuel B. Cossío
Dibujo de Oroz

Cossío

Algunos discípulos fervorosos de don Manuel B. Cossío han publicado un libro en honor al maestro; en un elegante volumen, han reunido trabajos cortos y fragmentos de las obras de Cossío, De su jornada, se titula el volumen, y como arriba pone *Manuel B Cossío*, no sabemos, al pronto, de qué jornada nos va a hablar el maestro, jornada que, puesta la portada en esta forma, no parecía ser la del propio Cossío. La escogitación de los trabajos está hecha con tino; vamos recorriendo estas páginas, tan finas, tan sutiles, tan amorosas, con honda delectación. Y a medida que vamos avanzando en la lectura, nos vamos planteando un problema, que quisiéramos dilucidar. Don Manuel B. Cossío es hoy el continuador de don Francisco Giner; representa Cossío el espíritu de la *Institución Libre de Enseñanza*. Muchas veces hemos meditado sobre lo que representa, en la moderna sociedad española, este noble Instituto. Desearíamos ahora, en cuatro palabras, resumir nuestro pensamiento sobre este punto de historia ideológica de nuestra Patria.

Una nota de universalidad y otra nota de españolismo: de tal modo podemos resumir nuestra impresión respecto del espíritu de la *Institución Libre*. Giner ha encarnado este doble matiz, lo encarna ahora Cossío. Como dos ríos que han seguido su curso y en un determinado punto han confluído, así la nota de españolismo y la nota de universalidad—que se habían creado en la conciencia española—han llegado a un paraje, en que se han unido y han determinado este espíritu de la *Institución*, que ha simbolizado Giner y al presente encarna Cossío. Nota de españolismo: la de don Fernando de Castro; Fernando de Castro, clérigo, catedrático de Historia general en la Universidad de Madrid. Su más importante trabajo es el discurso en que estudia los caracteres de la Iglesia en España. Trata en ese estudio de hacer ver, entre otras cosas, la modalidad especial que, gracias a los escritores religiosos, ha adquirido en nuestro país la ética. Cosa profundamente española este concepto de la moral y, en general, de la vida. Castro cita las siguientes palabras de fray Luis de Granada:

«Y cuando alguna vez le fuere necesario tratar cosas del mundo, óyalas, como dicen, a media rienda, sin dejar pegar el corazón a ellas... Si esto le parece mucho, acuérdesse que siempre han de ser mayores los propósitos y los deseos que las obras, y, por tanto, el propósito ha de ser este, y la obra donde más pudiere».

Donde más pudiere, subrayado por Castro: y en esas palabras está toda la doctrina del autor, y más tarde de Giner. Don Fernando añade poco después:

(Pasa a la página 122)

pedagogo e historiador del arte, ante el maestro español: Pedagogía y Arte se hermanan en él, van por la misma senda. ¿Cuál es pues el problema de la Pedagogía? Al contestar a esta pregunta muéstranos en toda su desnudez el antiintelectualismo del señor Cossío, o mejor dicho, el valor secundario que otorga a toda la obra estrictamente intelectualista de la enseñanza. Tal actitud, hoy generalizada en la Pedagogía más despierta y vigilante, era insólita hace cuarenta años cuando don Francisco Giner y con él, en la vanguardia, este su discípulo amado, hijo de su espíritu, combatían la concepción de la enseñanza como obra de instrucción, como esfuerzo por dotar de un contenido de saber al educando. Para el maestro que hoy se jubila, el problema de la Pedagogía consiste en potenciar las posibilidades de cada individuo, en abrir vías interiores que permitan descubrir lo mejor de sí mismo, a fin de que, el *yo* empírico, relativo, contingente, se ponga en la *diritta via*, o sea en la que sublimiza y eleva cotidianamente al hombre al impulsarle hacia lo absoluto.

¡Despertar en cada cual las fuerzas creadoras! He ahí el imperativo del educador, o lo que es lo mismo: suscitar el

interés por el mundo circundante hasta lograr que para el niño no haya un punto muerto en cuanto le rodea, sino, antes bien, que se sienta asaeteado por la curiosidad creciente de todo lo que le envuelve. Sobre ese foco vivo de anhelo y ansia interrogativa, y sobre una fina y depurada disposición subjetiva para la observación y el análisis, es posible únicamente formar el hombre; tal es la obra del Pedagogo. Lo demás, el contenido, ha de ser el resultado de una obra personal, el efecto del aporte diario de esa curiosidad que acuciada por estímulos internos se ve impelida hacia el fin supremo de hacer más y más hombre al hombre. Y en la escuela, en la escuela primaria, está para el señor Cossío el hombre; el que más importa, no el hombre sabio, no el matemático, ni el físico, sino el hombre en su unidad universal e incipiente; cuando balbucea su espíritu, cuando encierra en su alma como larvas enigmáticas los gérmenes de todo futuro, el hombre uno, en un momento de la vida, en el momento inicial. ¡Con qué fuego ha defendido siempre don Manuel Cossío esta prominente función del Maestro! ¡Con qué vigor de acento ha estimulado a aquellos a quienes exaltaba a que adquiriesen conciencia de la misión cultural que les corresponde realizar...!

Mas si el problema del Pedagogo consiste a la postre en despertar la sensibilidad del niño, ¿cómo lograr tal empeño? He aquí la vía por donde la Estética penetra en la obra de la acción educativa para el gran educador